

Exámenes y riqueza

EN esta época de exámenes universitarios y escolares, se advierte un curioso fenómeno que en Chile data de antiguo, y se extiende a otros campos del quehacer nacional, al punto de constituir un rasgo de nuestra idiosincrasia.

Si, como profesor, uno le dice a los padres de un alumno reprobado que el fracaso de su hijo deriva de que siendo inteligente y capaz no estudia lo suficiente por flojera, el interlocutor expresará algún gesto o actitud de preocupación. Pero, en el fondo, se irá con cierta tranquilidad y un secreto orgullo. ¡Su hijo es inteligente!

Si, en cambio, uno le hace ver que su hijo se esfuerza al máximo, pero que no tiene capacidad —o aptitudes— para esa carrera o asignatura, el afectado sentirá haber recibido una herida mortal. ¡Su hijo no es muy inteligente!

Más de alguien pensará que se trata de una reacción razonable, porque mientras la flojera puede superarse, la mayor o menor inteligencia desborda nuestra posibilidad de influir en ella.

SIN embargo, mucho me temo que la raíz del asunto es diversa y más delicada, ya que la misma actitud se detecta cuando se juzga el rendimiento global de una persona adulta a través de su vida, al margen ya de posibles mejoramientos. A los chilenos parece satisfacernos más nuestro orgullo el que nos consideren inteligentes pero flojos, que de capacidad mediana pero esforzados.

Nunca olvidaré la anécdota de un hombre de nuestro campo que, sentado taciturno en una ciudad del sur, escuchó comentar el contraste entre la pulcritud y el progreso que evidenciaban las propiedades de los descendientes de alemanes, y el descuido o retraso de las de dueños criollos. Dándose vuelta con indisimulada altivez, se limitó a comentar: "¿Qué gracia tiene? ¡Si ellos se lo llevan trabajando!".

“A los chilenos parece satisfacernos más que nos consideren inteligentes, pero flojos, que de capacidad mediana, pero esforzados”...



Y RETORNANDO al ámbito estudiantil, nada pareciera honrar más a un alumno que poder jactarse ante sus compañeros de que obtuvo una buena nota habiendo estudiado poco. Y, mejor aún, si puede añadir que engañó al profesor "copiando" la respuesta. Todo eso se celebra como signo de ingenio. ¿Lograr buenas notas a base de estudiar mucho? Como nuestro hombre de campo, el estudiante chileno considera que "no tiene gracia". Es la lógica aburrida del "mateo".

Todo esto puede parecer relativamente simpático, propio de la chispa latina o de la maña indígena. Pero detrás de ello se esconden serias distorsiones morales y se refleja uno de los rasgos más negativos de nuestro modo de ser.

Distorsiones morales porque, como lo enseña la parábola de los talentos, los hombres seremos juzgados no por la cantidad de ellos que hayamos recibido, sino por nuestra correspondencia en darles fruto equivalente. La inteligencia es un don de Dios y, por eso, a su respecto no proceden ni el envanecimiento ni la desazón. De lo que hagamos o dejemos de hacer por obra u omisión de nuestra voluntad, sí que responderemos —en cambio— ante el tribunal divino.

ESTE olvido ético va muy acompañado de la errónea preferencia chilena por el éxito rápido y fácil, antes que paciente y laborioso.

El atractivo por el golpe de suerte del antiguo minero, por la posterior bonanza del salitre, por las dádivas y franquicias de décadas de estatismo económico y por el más reciente recurso inmoderado al crédito, son todos ejemplos que jalonan sucesivamente nuestro acontecer histórico en la materia. Con distinto signo pero igual trasfondo. Como para meditarlo seriamente.